

EL CAUTERIO SOCIAL

CAUTERIO: Instrumento que usan los cirujanos para aplicarlo candente a las heridas o llagas del cuerpo.

Periódico quincenal, órgano de todos los que puedan decir y probar verdades. Cauterizará las llagas sociales sin distinción

Año 3.º

SUSCRIPCIÓN:
Trimestre 0'75
Semestre 1'50
Año 3'00

Manzanares 23 de Julio de 1932

CORRESPONDENCIA: ARMONIA. 5.

NÚMERO SUBLTO 10 CENTIMOS

Aparece los sábados correspondientes

Núm. 26

De los artículos firmados son responsables sus autores

REINTEGRADOS

Con motivo de la dimisión de alcalde presentada por el señor Maeso y de la estancia en esta del señor gobernador, hemos tenido la satisfacción de ver reintegrados a sus puestos del concejo, a nuestros cordiales enemigos políticos, los ediles derechistas. Ya lamentamos su ausencia y lo manifestamos cumplidamente. Consecuentes con nuestra recta manera de pensar y nuestra ruda franqueza para, con la mejor intención, decir lo que creemos razonable y justo, hemos de rogar a todos pongan de su parte lo posible para no volver a dar un espectáculo como el ocasionado la noche de la retirada de la minoría monárquica, originado por la imprudente y torpe alusión del orador cavernícola del mitin del Catolic; (que no sabemos cómo ha quedado aquel o) encendido por la irrección y tenaz negativa a reconocer que se ofendió (tal vez sin pretender) groseramente a socialistas y comunistas; aumentado por la violenta e imprudente intrusión del único, y consentido por la falta de tacto y de energía adecuada del que la sesión preside. No podemos consentir que se culpe a un elemento solo, de aquel acto tan poco edificante; pues creemos, que si los derechistas no niegan tan rotundamente la ofensa interrida por el citado orador clericaloide no se hubiese producido el incidente tan violentamente. Pensamos también, que si los dicterios vertidos contra los concejales cavernícolas por individuos que presumen de cultos, hubiesen sido lanzados contra algún concejal de la «situación» por algún monarquizante, se le hubiese detenido, multado y tal vez procesado; y sabemos, que, a pesar de la negativa monárquica a reconocer la ofensa del mitin, si el público vocinglero no se inmiscuye y deja que el asunto se ventile entre los concejales, tampoco hubiese llegado la sangre al río.

Nos ha agradado ver la textura en que se han colocado las minorías al regreso de los ausentes; y mucho más las acertadas manifestaciones del alcalde accidental, dirigidas al público, aconsejándole que se acostumbre a

ver y oír despasionadamente, no viéndolo en los concejales más que su condición de administradores del procomún; pero sentimos que tal vez no sean atendidas si no se procede enérgica y rápidamente contra ciertos individuos, intemperantes, entremetidos y escandalosos que vienen obligados a tener más compostura, más cortesía y más corrección en el Ayuntamiento. Es bochornoso y grosero el modo de comportarse de algunos pseudo-idealistas. ¿Qué concepto formaría de ellos el gobernador al oírlos barbarizar durante el intervalo que medió entre las dos sesiones del día 16? (¡Tal vez creyese que eran campesinos, y ya pueden dar lecciones!)

¿Qué haría usted con los curas?

Hace unos días, que, firmado con las iniciales G. M., (guason máximo muy fácil) recibí la pregunta que encabeza estas líneas. Tal vez el preguntador me crea metido en un aprieto para contestarla, o se figure que caso de hacerlo daría una respuesta tremebunda como la que suelen dar muchos inconscientes a esa o parecidas interrogaciones. Conque qué haría yo con los curas, ¿eh?... Allí que va la respuesta, preguntón anónimo: «Guardarles las máximas consideraciones y las atenciones más delicadas a los que prácticamente lo fueran y obligarles irremisiblemente a cumplir la religión de Jesucristo a los que llamándose falsamente obran contra esa misma religión.

Que ¿cómo siendo yo ateo recalcitrante contesto así? Muy sencillo. Aunque comprendo que ellos con su descarada prevaricación y su avaricia desmedida hacen más labor antirreligiosa y atea que yo con mis ejemplos, confieso, que, antes que ateo, que racionalista, que todo, soy un enamorado ferviente de la CONSECUCNCIA; y cuando veo, ¡qué digo! cuando viera una persona que, abnegada, noble y desinteresadamente cumple con fidelidad un ideal, por equívoco que fuese, pondría mi persona y mi vida a su disposición.

Con los curas no puedo hoy hacer eso, porque desgraciadamente para ellos, no pudiéramos encontrar (ni uno), en España, o lo menos. Hay un enjambre de explotadores de la religión, mercachifles, simoniacos que se llaman curas; pero no sabemos ni mediol que verdaderamente lo sea. Llamárselo cuesta poco; serlo es difícilísimo. Tanto es así, que me jugaría la vida contra cinco céntimos, a que obligándoles a cumplir su religión no quedaba ni la muestra. Hay quien al tratar de esa gente dice: «Yo los picaría». «Yo los arrastraría». «Yo los colgaría». «Yo, es tanto lo que los quiero que los multiplicaría haciendo dos de cada uno...» y otras respuestas más o menos bárbaras que demuestran la poca cultura y la poca recapacitación. Yo entiendo, por el contrario, que esas impremeditadas apreciaciones son la causa de que los lompaines fanatizados se agrupen a su alrededor, adjudicándoles el papel de víctimas y defendiéndolos como saben y pueden. Otra cosa muy distinta sería si con las Sagradas Escrituras, y con su mismo catecismo en la mano, se les obligase a cumplir a cumplir los preceptos y consejos religiosos, presentando como infame explotador, como vales canalla al que se resistiera a predicar con el ejemplo. Eso sería para ellos peor que arrastrarlos. Razonemos nuestra creencia: Dejando para después la presentación y análisis de las absurdas incongruencias de la Biblia, para anularla completamente por la Ley Natural, que podemos encerrarla en los incomparables principios, «No quieras para otro lo que no quieras para tí», (principio pasivo) y «Obrar con los demás como quisieras que contigo obrasen» (principio activo) vamos a demostrar como entenemos nosotros el asunto curas. En primer lugar, les obligaríamos sin contemplaciones a cumplir los votos de pobreza y castidad que hacen al ordenarse. Y piense mi guason preguntador qué sería de esa gente si les retiráramos el dinero y las mujeres. Después les precisaríamos a que observasen el versículo 9 del Decálogo que etc.: «Sis días trabajarás y harás toda tu obra... y no sería nada, si esos individuos se viesen precisados a realizar cualquier trabajo útil a la humanidad; a ganarse el pan con el sudor de su frente, seis días cada semana.

Los versículos 5 y 6 del capítulo sexto del evangelio de San Mateo les prohíbe orar en los templos y en las calles, y dice a los creyentes que oren en sus cámaras a puerta cerrada, en secreto, para que Dios los recompense en público. Por lo tanto, con arreglo a eso, nosotros les cerraríamos los templos por contrarios a los mandatos de Jesucristo; ya que en ellos se contraría la ley de Moisés, o sea el Decálogo, que prohíbe ha-

¡Abajo la Guerra!

Ha circulado por toda la prensa un vibrante y razonado llamamiento del comité español contra la guerra y no vemos ni notamos que haya surtido los efectos necesarios, ni que haya causado la impresión debida. Es tristemente lamentable observar la apatía y la despreocupación por las cosas más importantes. Todo lo que no podemos conseguir al primer empuje solemos abandonarlo, por interesante que sea para la colectividad.

Fuera de lo inmediatamente personal y directo, no defendemos con asiduidad y calor lo que ha de favorecernos más tarde. La previsión es para la sociedad una cosa casi desconocida. Significa casi un sacrificio reunirse para fines comunes. La constancia perseverante en la consecución de beneficios generales humanos se considera casi una chifladura, porque desgraciadamente son muy pocas las personas verdaderamente predisuestas a que las fibras de su sensibilidad, vibren violentamente al contacto de las injusticias sociales. Ni el deber fraternal nos empuja a unirnos contra el posible peligro mutuo, cuando no lo tenemos encima, ni la obligación moral nos induce a cumplir los postulados de los ideales que decimos sustentar, cuando el riesgo no es inminente.

Los llamados religiosos, que son los que más alardean de cumplidores de sus doctrinas tienen en sus preceptos el «No matarás», que lo repiten diariamente inñuida de veces; pero que si bien salen automáticamente de sus bocas las palabras que dicen «el quinto no matar», «el quinto no matar», no ha llegado a sus corazones la impresión exacta que su mancomunidad con el cerebro les impulse a reconocer que si es obligado servir al prójimo como a nosotros mismos, es obligado también oponerse a que con el prójimo se haga lo que para nosotros no queremos. Y ¿quién es la persona decente y equilibrada que desee ir a la guerra a matar o a que lo maten? Y si nosotros no quisiéramos ir, ¿por qué no hemos de hacer todo lo posible por que no vaya nadie, y porque no haya esas indignas matanzas humanas? ¿Cuántas veces habéis visto u oído a la gente de iglesia, protestar enérgicamente contra las guerras ni oponerse con descarnadas imágenes, incórnarse a ellas y honrarlas, y sin embargo las tienen a docenas para que cada tanto pueda dejarse explotar por una de ellas.

Y con los templos cerrados, sin santos, ni cruces, ni imágenes; trabajando seis días a la semana; sin dios y sin alta religión, ¿cómo comunicante que quidamos mucho zánganos de eso, ¿cómo?

A. P. N.

(Continuado)

¿Pero qué más directo e inmediato que los hijos respecto a los padres? Habéis oído y visto, particularmente a las madres hacer con sus hijos demostraciones amorosas rayanas en la locura y en la ridiculidad. Habéis observado que muchos padres se han incomodado, reñido, y hasta matado, por un pequeño desden una pequeña ofensa injuriada a sus hijos; pero lo que no vemos es que esos aspavientos y esas exageraciones se concreten en la mancomunidad para conseguir el mejoramiento social para los hijos, y sobre todo para anular completamente el probable peligro de la guerra. Poquísimos padres son los que al venirles un hijo varón, se dan en pensar que puede llegar a ser muerto en una infamante guerra y que vienen obligados a trabajar por que ese caso no llegue, y que para evitarlo, es lo mejor anular las guerras.

Nada de eso se hace. Y sin embargo, cuando se promueve una matanza criminal de esas, los lamentos, los llantos y la desesperación de los padres son inauditos. Pero solo por los hijos propios; por los hijos del vecino solo un sentimiento ligero, superficial, pasajero...

Y es que somos muy torpes; muy holgazanes; muy apáticos y muy malitos; muy malitos; y... ¿nos emendaremos? ¡Madres entontecidas: abajo la guerra! ¡Padres descuidados: abajo la guerra! ¡Personas humanitarias: abajo la guerra! ¡Si: guerra a la guerra!

A continuación publicamos el escrito del citado comité:

UN LLAMAMIENTO DEL COMITÉ ESPAÑOL CONTRA LA GUERRA

El mundo moderno se debate en medio de las más agudas contradicciones; la humanidad tiene que enfrentarse hoy con la crisis más terrible que registra la historia. Mientras se quema el frío en el Canadá y el café en el Brasil, hay 50 millones de obreros parados que sufren con sus familias el hambre y la inanición. Los países industriales rebosan de productos, a los cuales no encuentran salida, y se hacen una guerra encarnizada de tarifas; este proteccionismo desenrenado ha disminuido el comercio mundial en un 40 por 100. La única industria que no conoce la crisis es la de la guerra. Las fábricas de armas trabajan día y noche y distribuyen dividendos de un 30 por 100 de beneficios. Los diferentes países gastan hoy alrededor de 50 mil millones de pesetas anuales en armamentos. Cuenten las amenazas y peligros de guerra por doquier; por parte del Japón contra Rusia y contra China; entre el Japón y los Estados Unidos, que se disputan la hegemonía en Oriente... La guerra que amenaza al mundo será la más horrible y la más inhumana de las guerras; la de 1914-1918 no habrá sido nada comparada con la que se avecina. Guerra aérea